

Nacionalismos identitarios en la España finisecular: diagnóstico y posibles terapias

A. Vidal-Quadras

(Intervención en el Curso «¿A qué llamamos España?» de la Universidad Menéndez Pelayo celebrado en Santander del 5 al 9 de Agosto de 1996).

«El pensamiento puede permitirse un amplio
abanico de posibilidades. El sentimiento
sólo puede ser un príncipe o un esclavo».

(Rafael Argullol, *El Cazador de Instantes*)

«Somos una nación. No lo olviden»

(Jordi Pujol, Conferencia pronunciada en el Club Siglo XXI
de Madrid el 27 de Abril de 1978)

Introducción

La existencia en el seno de la nación española de partidos políticos de ámbito territorial restringido que hacen del nacionalismo identitario su principal, por no decir único, instrumento de movilización social y electoral, constituye uno de los problemas más graves e insidiosos con los que debe enfrentarse nuestra crecientemente madura democracia.

Este tipo de fuerzas políticas no sólo gozan de un amplio respaldo y de un considerable poder en sus respectivos territorios nacionales sino que, gracias al sistema electoral vigente, pueden, tal como viene sucediendo desde 1993, ejercer una influencia decisiva en el conjunto de la vida pública del Estado. Así, la sociedad española se ve sometida a la paradoja de que grupos políticos que limitan deliberadamente su implantación y su oferta electoral a una parte de la geografía nacional, y que actúan explícitamente poniendo los intereses (o lo que ellos entienden como tales), de esa parte, cuya genuina representación se atribuyen, en el exterior o por encima de los intereses de España en su conjunto, son, sin embargo, imprescindibles para la toma de decisiones que afectan profundamente a la globalidad del país.

Aunque algunos de estos partidos, y muy especialmente los que operan en Cataluña, introducen en su discurso piadosas y supuestamente responsables referencias a su voluntad de contribuir a la gobernabilidad, modernización y progreso del

Estado, no dejan de reiterar simultáneamente que España es un artificio construido mediante la coacción violenta al que no se puede atribuir el carácter de nación, que sí poseen, en cambio, las porciones de la península en que ellos asientan sus reales. Junto a las profesiones de fe en la buena marcha del Estado, se entregan a la exaltación obsesiva de sus pretendidas identidades «nacionales» valiéndose de todo tipo de elementos étnicos, lingüísticos, históricos, antropológicos, gastronómicos, deportivos y musicales, mientras niegan con el mismo ardor una identidad española común a todos porque, según repiten infatigablemente, España es la mera yuxtaposición de varias naciones auténticas -sobre cuyo número y configuración presentan, por cierto, división de opiniones-.

A la sugerente pregunta que da título a este curso, la respuesta de los partidos nacionalistas sería básicamente la siguiente: llamamos España a una superestructura jurídicopolítica-administrativa carente de sustancia nacional que hay que adelgazar, fragmentar y dismantelar al ritmo más rápido posible para que puedan emerger con toda plenitud las naciones primigenias que aquel molesto tinglado oprime y desarrollar por fin sin trabas sus respectivas soberanías y personalidades.

Desafortunadamente, a esta propuesta tan nítida y tan agresiva no se ha contrapuesto todavía, o por lo menos con el suficiente vigor y atractivo, un camino alternativo que ofrezca a la opinión pública de esos territorios en fase de 'nacionalización' segregadora valores, conceptos y proyectos capaces de integrarles con entusiasmo en un quehacer español aglutinante que acomode a la vez de forma flexible nuestra estimulante diversidad. Por el contrario, la posición de los grandes partidos de ámbito estatal es predominantemente defensiva, como si percibiesen el fenómeno de forma fatalista y sólo pusiesen un cierto esfuerzo en retardar o mitigar sus consecuencias últimas. Los dos principales partidos nacionales parecen oscilar con referencia a cuestión tan crucial entre la ingenuidad, la impotencia malhumorada y el desconcierto, aquejados de una decepcionante fragilidad doctrinal y sometidos a la presión urgente de la consecución y conservación del poder, objetivos para los cuales el concurso de los nacionalismos periféricos les es o les puede ser indispensable.

Los problemas estructurales que plantea tal escenario, además del ya citado y fundamental de subordinar los intereses del todo a los de sus fragmentos, son de diversa índole y considerable alcance. Los progresivos avances en la unilingüización de la administración autonómica, local, e incluso estatal, así como del sistema educativo, en las lenguas particulares en detrimento de la común, introducen barreras inmateriales a la libre circulación de personas dentro del territorio del Estado con las consiguientes endogamias empobrecedoras o fisuras en la unidad de mercado. La impaciencia por «nacionalizar» sus sociedades y dotarlas de aparatos gubernamentales, culturales y administrativos propios que procedan a las necesarias transformaciones impulsoras de la identidad considerada verdadera, ha sido uno de los mecanismos que más ha contribuido a disparar el déficit y el endeudamiento públicos en la última década. La resolución de numerosos problemas que requieren enfoques nacionales de índole global, en el campo de los transportes, de las comunicaciones, de las

telecomunicaciones o de la distribución solidaria y equitativa de recursos básicos se ve dificultada por las reacciones contagiosas de egoísmo parcializante que la incesante ebullición de las reivindicaciones nacionalistas provoca.

Frente a tales amenazas y disfuncionalidades, España se asemeja a un matemático que, fatigado después de largos y laboriosos intentos de resolver una complicada ecuación que se le resiste, empieza a sospechar que la solución tan insistentemente buscada no está a su alcance y comienza a dedicar sus esfuerzos a probar su inexistencia a fin de salvar su reputación profesional. En tan noble y digna tarea destaca desde hace tiempo un ilustre académico, que ha publicado recientemente un interesante artículo sobre el tema que hoy nos ocupa en la revista *Política Exterior*, en el que consagra el entreguismo como ejemplar y novedosa forma de patriotismo. En caso de aplicarse las tesis allí expuestas, y que estriban muy esquemáticamente en descuartizar España y arrojar sus trozos al polvo del camino de la Historia, no cabe duda que obtendrían un éxito práctico tan encomiable como el resultante de la celebrada Constitución de Guinea Ecuatorial, impecable producto del mismo privilegiado magín, y que ha proporcionado, como todo el mundo sabe, largos años de prosperidad, paz y convivencia civilizada a aquel lejano, querido y exuberante territorio.

Volviendo al símil del matemático encallado, todo aquél que ha tenido alguna vez el placer diamantino de adentrarse en las matemáticas superiores sabe que frecuentemente la demostración de un aparentemente complicado teorema o la resolución de una ecuación de aspecto formidable se allanan milagrosamente si se definen correctamente los elementos en juego. Una definición acertada y potente ahorra largos y engorrosos cálculos o reduce interminables vericuetos probatorios a unos pocos y elegantes trazos. Pues bien, en el espinoso problema que la persistente y aguda intensidad de los nacionalismos identitarios constituye en España, también una adecuada, desacomplejada y, porqué no admitirlo, arriesgada clarificación conceptual, puede contribuir de manera apreciable a desbrozar sendas ahora obturadas.

Hace apenas dos semanas, en un prometedor discurso ante su militancia, el Presidente de Unió Democràtica de Catalunya, Josep Antón Duran i Lleida, se planteaba algunos valientes interrogantes que enlazan perfectamente con lo que aquí se expone. En efecto, en el marco de un planteamiento ortodoxamente nacionalista identitario, en el que no faltaba ninguno de los lugares comunes de esta doctrina, a saber, la exigencia de autodeterminación, la definición de la persona con referencia al grupo, la concepción místico-esencialista de la nación o el denostamiento del liberalismo individualista, aparecían, como flores dispersas en un erial, algunos notables relámpagos de lucidez que han provocado, en mi caso, que la simpatía personal que ya sentía por el líder demócrata-cristiano haya evolucionado hacia el sincero afecto.

Durán i Lleida no tuvo reparos en preguntarse públicamente sobre la vigencia del nacionalismo puramente identitario y contemplar incluso la posibilidad de que la

identidad sin más resulte «accesoria e intrascendente», o de que la retórica nacionalista centrada exclusivamente en la lengua, la cultura, el territorio o las costumbres devenga anacrónica, excéntrica y desfasada, y no engarce con las necesidades y anhelos de la población de Cataluña.

Quizá sin proponérselo -o quizá sí, lo que sería mucho más excitante-, mi compatriota catalán ha abierto una pequeña pero impagable grieta en el espeso muro del nacionalismo identitario y lo ha hecho desde dentro. Aunque una nubecilla suelta no es garantía de lluvia, introduce por lo menos un signo esperanzador.

En esta modestísima contribución a un curso en torno a lo que encierra el nombre de España, quisiera intentar de manera muy sucinta arrojar alguna luz sobre la naturaleza patológica del nacionalismo identitario entendido como doctrina social y política, poner de relieve su endeblez intelectual y su morbilidad ética, establecer un esbozo de su posible curación y salvar al hecho nacional, tan enaltecedor y tan benéfico por tantos motivos, de su instrumentación perversa al servicio de la conquista del poder político.

Carácter patológico del nacionalismo identitario

Cuando se habla de nacionalismo resulta imprescindible el ser extraordinariamente preciso. El término se presta a acepciones dispares que introducidas en una discusión en la que los distintos interlocutores las utilicen a su conveniencia o conocimiento, difícilmente permiten sentar conclusiones válidas. No es lo mismo entender el nacionalismo como el amor a las propias tradiciones, lengua y paisaje, que como la doctrina política que hace de la nación su pilar básico, y dentro del nacionalismo político, hay que distinguir entre el nacionalismo de corte anglosajón, liberal y empírico, y el nacionalismo europeo continental, de tipo racionalista-constructivista y esencialista.

Por tanto, en lo que se refiere a la España presente, hay que saber que los nacionalismos hegemónicos en Cataluña y en el País Vasco se adscriben a la tradición que emana, por una parte, de la Revolución Francesa, con su concepción de la nación como ente abstracto, uno e indivisible, a la que los individuos deben subordinarse sin límites, y, por otra, del romanticismo alemán, con su visión místico-esencialista de los pueblos y las lenguas, surgidas del fondo de los tiempos y dotados por tanto de carácter primordial y permanente en cuyo seno los individuos adquieren auténtica personalidad y a los que, en consecuencia, han de prestar lealtad inequívoca y total.

En concreto, el nacionalismo identitario al uso en nuestro país es la doctrina política que se apoya en los siguientes siete postulados, tal como es notorio a partir de los documentos programáticos, discursos y posiciones parlamentarias de los partidos vascos y catalanes que se autocalifican de nacionalistas:

- La Humanidad está dividida en naciones, grupos de carácter primordial y permanente, definidos por la lengua, raza, religión, territorio o costumbres. La definición de una nación puede hacerse a través de uno o varios de estos elementos, sin unos criterios universales fijos.
- Cada ser humano queda adscrito, por nacimiento o por elección, a una nación y sólo una.
- Las naciones tienen el derecho inalienable de autodeterminación, es decir, de dotarse de una organización política estatal independiente, que se relacione en pie de igualdad con los demás Estados.
- Una nación, para alcanzar su plenitud histórica, debe poseer su propio Estado independiente y constituye un imperativo vital y ético el conseguirlo.
- Los individuos únicamente adquieren la condición de personas en tanto que miembros de una nación, que los configura humana y espiritualmente.
- La identidad nacional es el valor supremo a preservar por encima de cualquier otro como la libertad, la igualdad, la dignidad o la justicia.
- En el interior de las fronteras de una nación debe existir homogeneidad cultural y lingüística. Si por los avatares de la Historia, migraciones, conquistas, evolución cultural, esta homogeneidad ha sido alterada, hay que reconstruirla coactivamente desde el poder público, que es el brazo político de la nación.

Por supuesto, el número y enunciado de los postulados anteriores podría ser reducido, ampliado o matizado, pero me parece que nadie pondrá en duda que reflejan los componentes fundamentales del nacionalismo identitario.

Si se analiza cada uno de estos siete puntos axiomáticos, se advierte inmediatamente que introducen dificultades de aplicación práctica, aberraciones éticas, inconsistencias lógicas y errores conceptuales que hacen del nacionalismo identitario una patología social, moral y política.

Las naciones no son entidades primordiales y eternas, sino que son contingencias históricas, que nacen, decaen y desaparecen, como cualquier otra organización colectiva. De hecho, muchas naciones han sido inventadas o construidas artificialmente, y otras se han esfumado sin dejar rastro. Su definición está sujeta a un amplio margen de arbitrariedad y en la mayoría de los casos es muy difícil delimitarlas con precisión. El mismo tema de este curso ilustra claramente la fungibilidad del concepto de nación. Podrían montarse seminarios análogos que se titulasen ¿a qué llamamos Cataluña? o ¿a qué llamamos Sri Lanka? Las naciones no tienen nada de mágico, esencial o místico, son realidades muy tangibles y prosaicas, entrañables, eso sí, gloriosas en ocasiones, pero episódicas y mutables. Su sacralización es un exceso carente por completo de justificación histórica o social. No deja de ser curioso, en este contexto, que el máximo representante y pontífice del nacionalismo identitario en la España

actual, el Presidente de la Generalitat de Cataluña, jamás haya dado en su copiosa producción doctrinal una definición original de nación, que se hubiera añadido a las muchas y conocidas de Renan, José Antonio Primo de Rivera, Stalin, y demás apologetas del hecho nacional. De esta forma se constata, no sé si para bien, que se pueden ganar cinco elecciones autonómicas sucesivas defendiendo apasionadamente un concepto que no se quiere o no se sabe definir. Además, se supone que si Cataluña o el País Vasco son naciones cuyo origen es sagrado, España, a la que muchos millones de personas perciben como una nación, también lo tendrá igualmente divino, con lo que el nacionalismo identitario conduce a conflictos pseudoreligiosos, actividad que no parece la más apropiada para encarar el tercer milenio en nuestro ámbito geopolítico occidental. En España no hay partidos nacionalistas españoles porque nadie lo considera necesario. Su enorme mole histórica, simbólica y sentimental nos impregna a todos los españoles de forma natural y consuetudinaria, incluida su heterogeneidad cultural y lingüística, que a todos nos complace y enriquece, y a la que se debe facilitar su manifestación libre y pletórica. Se llega así a la conclusión de que el nacionalismo identitario sólo aparece cuando el conflicto está garantizado, es decir, cuando puede constituirse en herramienta eficaz de movilización política.

La adscripción nacional no tiene porqué ser unívoca ni las identidades prístinamente puras. En un mundo complejo, globalizado y rápidamente cambiante, las identidades pueden ser, y de hecho son, múltiples o concéntricas, además de variables con el tiempo. Un ciudadano de Cataluña puede sentirse a la vez ampurdanés, catalán, español y europeo, sin que ninguna de estas identidades superpuestas prime sobre las demás, sino que cada una ocupa su nivel en su estructura mental, cultural, espiritual y política, sin contradicciones ni tensiones, complementándose e interfecundándose, y contribuyendo a nutrir y fortalecer su personalidad. La exclusión de los diversos ingredientes identificadores que todos poseemos en favor de uno que se escoge arbitrariamente como el principal y determinante nos empobrece y linealiza. A lo largo de una vida los sentimientos identitarios pueden cambiar, reducirse o ampliarse, y hemos de ser libres de elegir nuestros referentes autoidentificatorios como mejor nos plazca sin coacciones externas, sean éstas físicas, administrativas o psicológicas, de tal forma que nos sean respetadas y nosotros respetemos las de los demás. Cuando el Ayuntamiento de Lleida aprueba un delirante reglamento que prohíbe hablar a los concejales en lengua castellana en las sesiones plenarias, no solamente se vulnera la Constitución española y el Estatuto de Autonomía de Cataluña, sino que se levanta la veda a todo género de ofensas y despropósitos.

Si hay un derecho de aplicación confusa y conflictiva, es el derecho de autodeterminación de los pueblos, insistentemente reclamado para sí por los nacionalistas vascos y catalanes, que, después del 3 de Marzo y de los subsiguientes pactos para gobernar el Estado, se han apresurado a recordar que no renunciaban en absoluto a lo que uno de sus más conspicuos dirigentes ha descrito recientemente como el reconocimiento del derecho de Cataluña a decidir libremente su destino político. Resulta prácticamente imposible saber quién es el sujeto del derecho de autodeterminación. Las preguntas son ya tópicas y jamás han encontrado una respuesta coherente

por parte de los partidos nacionalistas: ¿Quién se autodetermina en el caso del País Vasco?, ¿Las tres provincias vascongadas sin Navarra? ¿Incluyendo a Navarra? ¿Puede autodeterminarse Navarra, tal como reconoce la Constitución, con intervalos mínimos de cinco años sin que ese derecho colisione con la unidad telúrica de los vascos? ¿Quién puede votar en un referéndum de autodeterminación?, ¿Los nacidos en el territorio que se autodetermina, los que poseen ciudadanía administrativa con independencia de sus lugares de origen, los que reúnen determinadas características étnicas, comprobadas por vía morfológica o bioquímica? ¿Se puede autodeterminar Alava por su cuenta para unirse a Castilla? ¿Y a La Rioja? ¿Y la Comarca del Baix Ebre, podría decidir plebiscitariamente incorporarse a la Comunidad Valenciana? ¿Tendría sentido un proceso de autodeterminación en Cataluña sin incluir la Cataluña hoy francesa? ¿Y un referéndum que englobase Cataluña, Comunidad Valenciana y Baleares? ¿Que pasaría con La Franja? Y así podemos extender *ad infinitum* interrogantes cada vez más grotescos y especulativos, en demostración inapelable de que un derecho del cual es imposible encontrar con una mínima fiabilidad el sujeto que lo ha de ejercer, no es un derecho, es una fantasmagoría. Además, un país puede ser independiente y sus ciudadanos sufrir la opresión más intolerable, mientras que los habitantes de una eventual nación integrada en un Estado cuyo ámbito territorial la rebasa y carente, en este sentido, de independencia política, pueden gozar de un sistema de libertades y garantías constitucionales que les proporcione una vida digna, justa y placentera. Yo, como catalán, no dispongo de un Estado catalán independiente, pero no cambio mi sometimiento al Estado español, acompañado de libertad de asociación, expresión, sindicación, desplazamiento y cultos, sufragio universal, libre y secreto y división de poderes, por la fastuosa independencia política de Cuba o Corea del Norte. En cuanto a la mayoría de los ciudadanos del País Vasco, dudo mucho que deseen gozar de la independencia que en manos de sus libertadores asesinos les asimilaría a Burundi.

Las naciones no requieren indefectiblemente un Estado propio para que sus miembros disfruten de progreso y bienestar económico y espiritual. La nación alemana está repartida entre varios Estados, básicamente Alemania, Austria y Suiza; la nación anglosajona se extiende a Gran Bretaña, Estado Unidos de América, Australia, Nueva Zelanda y Canadá, entre otros, todos ellos altamente civilizados, con elevados niveles de renta *per cápita* e impecablemente democráticos. La asociación mística entre el Estado y la Nación, como la unión entre el cuerpo y el alma, con un destino trascendente y una dirección indeleblemente trazada hacia el futuro por el vector de la Historia, es una de las peores herencias del idealismo hegeliano, que tantos desastres ha acarreado al género humano.

Ultimamente, Jordi Pujol insiste en que, una vez fracasado el socialismo real, que pretendía conocer el sentido de la Historia, es el nacionalismo el que, para utilizar sus palabras literales, «está en la línea del progreso de la Historia». Es decir, el nacionalismo identitario, al fusionar el Estado y la Nación en una hipóstasis ineludible inscrita en la misma naturaleza de las cosas, se erige en sucesor del historicismo marxista y oscurece el horizonte con similares sombras totalitarias.

El individuo, con rostro, nombre, apellidos y trayectoria vital intransferible, es la unidad básica de juicio y medida morales y posee una personalidad propia y es sujeto de derechos con independencia de su pertenencia a un grupo nacional. La nación, interpretada como espacio de identificación, preexistente y por encima del individuo, encierra el riesgo de las más terribles agresiones y las más intolerables restricciones a la dignidad y a la libertad personales. El tan frecuentemente invocado nacionalismo personalista por parte de los nacionalistas identitarios con el fin de amortiguar y camuflar las aristas más hirientes de sus planteamientos holísticos, no consiste, como en principio podría ingenuamente creerse, en poner la nación al servicio de la persona y de su desarrollo en libertad, sino en la manifestación indubitada de que es la nación la que modela la persona, y ésta no es concebible en el exterior o al margen de la identidad grupal. Si el ser humano es trascendente, y algunos creemos que lo es, una contingencia como la nación no le puede insuflar una trascendencia ya que tiene de por sí, y si se la negamos, con menos motivo se la va a proporcionar la nación, porque la suma de dos cantidades finitas es imposible que sea infinita. La autoestima individual viene en gran parte a través de la socialización, pero no tiene por qué proceder monolíticamente de la socialización grupal identitaria de corte nacionalista. Ser enyesador, psiquiatra, bombero voluntario, comisario de policía, violinista, programador de sistemas, catequista o hijo de unos determinados padres son roles claros, que bien o mal ejercidos nos conducen a la satisfacción o a la frustración, pero ser catalán, español o tamil no admite una asunción tan anambigua de nuestro papel. Hablantes de una lengua, nacidos en un territorio, depositarios de unas tradiciones, practicantes de un culto..., ¿Y si el país es multilingüe o nosotros o nuestros padres no hemos nacido en él o algunas tradiciones nos parecen objetables al examinarlas críticamente o nos volvemos agnósticos o cambiamos de fe? ¿Seremos por ello estigmatizados y perderemos nuestra identidad y quedaremos condenados a vagar como cáscaras vacías sin rumbo y sin personalidad? ¿Es que cada uno de nosotros no tiene el derecho inalienable de forjar su propia visión del mundo mediante sus propias reflexiones e indagaciones de manera autónoma? Cuando la nación proyecta emocionalmente un estereotipo fijo concebido e impuesto por el poder político sobre los individuos, los anula como tales y los rebaja en su condición humana, al obligarles a reconocerse en función exclusiva de este estereotipo. En este aspecto, el nacionalismo identitario representa una asfixia inasumible sobre la libertad y la autonomía individuales que ningún subterfugio nacionalista personalista puede paliar.

La alteración de la jerarquía de los valores es todavía peor que su ausencia. La anomia relativista exige al menos las cautelas que genera el desconocimiento. La seguridad al aplicar al cuerpo social una escala de valores equivocada puede producir auténticas catástrofes. La identidad no tiene contenido axiológico y asignárselo atribuyéndole además la primacía absoluta deja expedito el camino de la barbarie, tal como podemos comprobar diariamente en las pantallas de nuestros televisores al recibir las crónicas escalofrantes recibidas desde Bosnia, Chechenia o Ruanda. El consuelo de que los nacionalismos identitarios que hoy señorean el Norte y el

Nordeste de España sean moderados y democráticos es sólo relativo y equivale al de recibir la noticia de que el tumor que nos aqueja es benigno. Toda patología benigna se puede malignizar si dura demasiado tiempo sin el tratamiento adecuado. La medicina preventiva es la más eficaz, la más barata y la que apenas produce efectos secundarios. Por eso es de la mayor importancia que las sociedades vasca y catalana, así como el conjunto de la sociedad española, reflexionen ampliamente sobre los contenidos conceptuales y morales del nacionalismo identitario y evalúen sus implicaciones políticas, económicas y sociales en nuestra actual coyuntura histórica. Los españoles han de ser conscientes de que el sentimiento de pertenencia a un grupo puede ser muy positivo y promover el sano patriotismo, la solidaridad altruista y el esfuerzo cohesionador, pero que no ha de ser asumido como el referente supremo, como la fuente absoluta del valor moral de nuestros actos, que todo lo justifica y lo purifica, incluso, como por desgracia demasiada gente cree en el País Vasco, el derramamiento inútil y vesánico de sangre inocente.

Las sociedades contemporáneas, y la española no es una excepción, son complejas y albergan frecuentemente lenguas, culturas y sensibilidades diversas, que han de convivir en paz y armonía, en un marco de cooperación, buen entendimiento y mutuo respeto e interés. La imposición coactiva, aunque sea por la vía de la presión psicológica o del desarrollo reglamentario de leyes escrupulosamente constitucionales, de la homogeneidad lingüística y cultural en aquéllas de nuestras comunidades en las que la lengua común coexiste con otra particular de esos territorios, vulnera derechos individuales y siembra incomodidades que nos podríamos ahorrar. Muy pocas sociedades humanas contemporáneas son cultural y lingüísticamente homogéneas, por lo que la aplicación de la voluntad homogeneizadora del nacionalismo identitario aboca a sus integrantes a tensiones y fricciones, cuando no a la franca violencia. Al igual que la pluralidad cultural y lingüística española es una riqueza a potenciar y respetar, tal como reclaman sin desmayo los partidos nacionalistas, también la pluralidad interna de las Comunidades en que los nacionalismos identitarios son mayoritarios ha de ser reconocida y promovida. Clamar por la aceptación de la heterogeneidad y la diversidad en la dimensión general española, al tiempo que se la niega o se la tolera a regañadientes en el interior de Comunidades a su vez heterogéneas y plurales, es una contradicción flagrante que no resiste el más somero examen. Tan enriquecedor y tolerante es utilizar el catalán en el Senado como expresarse en castellano en los Ayuntamientos, Diputaciones y en el Parlamento catalanes. Esta es una verdad tan rebotante de sensatez que su rechazo constituye una de las más evidentes pruebas de la impermeabilidad a la razón del nacionalismo identitario.

Lo que hace de esta versión del nacionalismo una potencial amenaza es su conjunción de la visión de la sociedad como un organismo vivo dotado de voluntad y personalidad individuales -Cataluña exige, Francia desea, Alemania espera- y su concepción metafísica y sacralizada del Estado. El cocktail formado por la apología del instinto ajeno a la razón y el monopolio weberiano de la violencia está preparado para estómagos realmente fuertes porque puede llegar a ser, como la Historia ha

demostrado dramáticamente, realmente explosivo. La mezcla en pie de igualdad y equivalencia de los planos nacional y estatal, o peor que la mezcla, su coyunda feroz y lasciva, interpenetra el dominio de los instintos, sentimientos y afectos subjetivos, irracionales o inconscientes, con el de la razón y la conciencia ética concretadas en normas positivas y objetivas. La nación es un concepto emparentado con la vida salvaje, con el estadio primitivo y tribal en el que el grupo lo era todo, alimentación, seguridad, reproducción y vehículo entre el yo y el mundo. El Estado es una manifestación de civilización, de autoridad despersonalizada materializada en leyes. La identificación del Estado y la Nación, es metodológica y conceptualmente incorrecta. El Estado no ha de confundirse con la Nación para poder así domarla y educarla.

Cuando un ser humano se adscribe a un grupo, su incorporación ha de ser siempre voluntaria y sujeta a revisión en el momento en que su protagonista lo desee. Los grupos humanos han de poder ser disueltos, modificados o fusionados de acuerdo con la libre voluntad de sus integrantes por procedimientos pacíficos fijados en normas democráticas. No hay colectivos primordiales, mágicos e indivisibles, anteriores y ajenos a la razón y a la voluntad de sus miembros individualmente considerados. El nacionalismo identitario es acrítico y ésta es una de sus más inquietantes características. Enajena a los individuos y los convierte en incapaces de sustentar ideas u opiniones distintas a las que definen la identidad nacional o de rechazar o de ser indiferentes a sus símbolos y liturgias. La educación se transforma en adoctrinamiento y la afiliación al partido nacionalista de turno en ceremonia iniciática. Las políticas no interesan en razón de su oportunidad, eficacia, coste o necesidad, sino en función de la exaltación y fortalecimiento de los signos y referentes del grupo. Basta recordar, que en la última remodelación del Consell Executiu de la Generalitat, su cabeza visible e indiscutible se planteó seriamente el cambiar la denominación de la Conselleria de Cultura por la de Conselleria de Cultura i Identitat. Al final, algún asesor particularmente lúcido, o quizá el mismo, recuperaron el buen sentido y la denominación no se modificó. Fue una suerte, porque la perspectiva de asistir en el futuro a la creación de la Conselleria d'Industria i Gracia Santificant o a la de Medi Ambient i Telequinesia Levitant no era precisamente tranquilizadora.

Un diagnóstico certero y directo

En uno de los más logrados esfuerzos de síntesis que se recuerdan en los anales del pensamiento de todos los tiempos, el Presidente de la Generalitat de Cataluña, Jordi Pujol, acuñó una frase que se ha hecho legendaria y con la cual resumió magistralmente su doctrina: *Som el que som* sentenció, y consiguió así reflejar perfectamente el núcleo del nacionalismo identitario, que no es otra cosa que una tautología beligerante. Ahora bien, no creo ser acusado de enemigo de Cataluña si manifiesto mis dudas sobre la calidad de la aportación de la frase en cuestión a las

ciencias sociales. El hecho de que una tautología impúdica y excluyente de este calibre tenga un poder movilizador tan asombroso y consiga llenar las urnas no excluye que para aquellos cerebros capaces de ir más allá de las tautologías, movilizadoras o no, el anclaje año tras año en un nacionalismo puramente identitario empiece a ser ligeramente insatisfactorio. Las dudas e inquietudes aflojadas por el Presidente de Unió Democràtica de Catalunya, Josep Antón Durán i Lleida, en su celebrado discurso del pasado 25 de Julio, al que ya me he referido anteriormente, van indisimuladamente en esta dirección y por consiguiente le honran, aparte de introducir indicios optimistas sobre su coraje intelectual, que le lleva a asumir riesgos en aras a la sinceridad y a la verdad. Ojalá muchos otros nacionalistas asimismo sinceros, inteligentes y honrados sigan pronto su ejemplo.

Precisamente en su honor voy a pergeñar una explicación del éxito del nacionalismo identitario en aquellas sociedades en las que prende y prospera. Entre las causas atribuidas al fenómeno cabe citar la respuesta a una agresión externa de otro nacionalismo imperialista y agresor; la soledad del individuo en un contexto industrial avanzado, al desaparecer sus vínculos tradicionales con la familia, el gremio, la Iglesia o el noble terrateniente, y la consiguiente atomización social; las necesidades derivadas de la industrialización, que requiere grupos numerosos de individuos alfabetizados y con una educación homogénea mínima que les permita incorporarse de forma intercambiable a los procesos de producción masiva, o la búsqueda de un nuevo principio de legitimación política tras la destrucción del Antiguo Régimen y la pérdida de la creencia en el origen divino de las Monarquías. Todas estas posibles explicaciones son plausibles y constituyen efectivamente condiciones necesarias, actuando conjuntamente o por separado, según los casos. Sin embargo, no son suficientes porque no siempre su presencia ha originado la aparición de movimientos nacionalistas identitarios que hayan alcanzado sus objetivos.

El crecimiento de su apoyo social y la consecución del poder por parte de los propagandistas de la identidad ha ido acompañado sin excepción de la existencia de un grupo de personas a la búsqueda de un foco potente de movilización política y electoral para hacerse con el gobierno y con el erario público. No se trata tanto de conseguir el poder para construir la nación sino de inventar o resucitar la nación para alcanzar y ensanchar el poder, *su* poder. Si el gobierno de los nacionalistas está asociado al crecimiento rápido del sector público, de la presión fiscal, del déficit, del endeudamiento, del número de funcionarios, si lo importante no es que la policía sea suficiente y competente sino que sea la nuestra, si la presión psicológica sobre los ciudadanos se incrementó *-un sol poble-* para que quede claro quiénes son los propios y quienes «los otros», si se exigen obispos catalanes, jueces catalanes, catedráticos catalanes, secretarios municipales catalanes e inspectores de Hacienda catalanes, si la vocación de partido único es patente *-pal de paller-*, entonces es difícil negar cual es el verdadero motivo de la obsesión y la exacerbación identitaria.

En la medida que la identidad no explica ni interpreta, el nacionalismo identitario se reduce -y no es poco- a un simple y potente mecanismo generador de adhesiones. El hecho nacional, que podría ser positivo y dinamizador, se vuelve

negativo y reduccionista en manos de los nacionalistas identitarios, al consistir en un mero instrumento de conquista y explotación del poder. Si bien la resistencia del socialismo al declive permite inferir que la envidia seguirá siendo durante mucho tiempo una excelente herramienta de movilización política, parece obvio que la religión ya no sirve como en el pasado para tal fin. No resulta aventurado vaticinar que en el medio plazo y en un mundo económicamente globalizado, con el firmamento tachonado de satélites de comunicaciones, el subsuelo cosido a cables de fibra óptica y millones de infonautas a la búsqueda de sistema operativo de oro, el nacionalismo identitario pasará, como la religión, del ámbito público al estrictamente íntimo y privado. Muy pronto, y esta es una profecía trufada de esperanza voluntarista, la llamada a ser cada día más catalán, más vasco, más español o más azerbaiano, tendrá el mismo atractivo electoral que tendría hoy la invitación a ser más católico, más budista zen o más adventista del séptimo día.

Si la minoría «nacional» vive en una comunidad más amplia que la engloba, y en la que todos los derechos individuales están reconocidos y garantizados, la reivindicación identitaria a la búsqueda del poder político no añade nada y resulta enojosa y perturbadora. En consecuencia, algo oculta y de algo es el pretexto o la coartada.

Posibles terapias para el nacionalismo identitario

Una vez descrita y diagnosticada una patología, con algunas incursiones etiológicas, resulta obligatorio el estudiar vías terapéuticas, sobre todo si se admite que la política, además del arte de lo posible, es también una técnica de resolución de problemas sociales.

Frente al nacionalismo identitario en la España de finales del siglo XX caben tres abordajes, uno paliativo, que es el que se ha adoptado hasta el momento, otro entreguista, que es el que proponen los medios nacionalistas jaleados por sus intelectuales orgánicos propios y alquilados, y un tercero, que es, a mi entender, el más digno y acertado, y que consiste en esencia en plantear serena y democráticamente la batalla de las ideas a través de su contraste desapasionado con la realidad. Así se derrotó al socialismo real, y el nacionalismo identitario, otra forma perniciosa de colectivismo metodológico, no tiene porqué ser invencible.

El enfoque paliativo, que surge de la alianza de los que hacen de la ausencia de pensamiento su instrumento de movilización electoral con los que prefieren no pensar, estriba en ir cediendo competencias bajo la presión de los partidos nacionalistas sobre Gobiernos centrales minoritarios, sean o no estas competencias preceptivas de acuerdo con el bloque constitucional -la transferencia de la gestión de los puertos de interés general sería un buen ejemplo-, y generalizar el procedimiento para todas las Comunidades Autónomas. Por supuesto, la cuestión de fondo ni se trata ni se menciona, aunque siempre quedan cursos como éste para no olvidarla del todo.

Este método presenta inconvenientes muy serios. Nunca llega a colmar las aspiraciones de los nacionalismos identitarios porque éstos no sólo quieren más, sino más y diferente. En la medida que cada vez tienen márgenes más amplios de autogobierno y de recursos, pero la ampliación se extiende al resto de Comunidades de naturaleza meramente «regional», sus apetencias y su insatisfacción, lejos de calmarse, se exacerbaban. El proceso no tiene fin conocido ni previsto, y puede poner en peligro la estabilidad y la integridad del Estado en el medio plazo, además de ser el caldo de cultivo de posibles reacciones involutivas.

La posición entreguista consiste en reconocer sin ambages la plurinacionalidad del Estado, declarar a extinguir a España como nación y resignarse a que nuestros nietos la vean en un futuro no tan lejano con el mismo curioso interés con el que nosotros estudiamos en nuestra adolescencia la Roma de Diocleciano, la Liga Hanseática, la Monarquía dual de Francisco José o la Serenísima República de Venecia. La soberanía del pueblo español en su conjunto, consagrada en el artículo segundo de la Constitución, se partiría en los fragmentos necesarios, tres como mínimo, y los restos del Estado, sobre los que planearía estratosféricamente la Corona, serían compartidos en régimen de condominio por las diferentes naciones ex-españolas a una de las cuales se le asignaría el papel de gloriosa mutilada y se le permitiría que en sus escuelas se enseñase en castellano. El Senado se convertiría en una versión reducida de las Naciones Unidas o del Parlamento Europeo, con taquígrafas, estenotipistas y traductoras simultáneas bi, tri y cuatrilingües pululando por los pasillos y salas de comisión en bulliciosa babel. El Congreso sestaría entre ley básica y ley básica de coordinación y altísima inspección, mientras la política monetaria se diseñaría en Francfort y la política exterior y de defensa en Bruselas. Los Parlamentos autonómicos legislarían frenéticamente en sus respectivas lenguas sobre todo aquello que tuviera auténtica incidencia sobre la vida de los ciudadanos y mantendrían los hechos diferenciales limpios, relucientes y en constante expansión. Curiosamente, los defensores de esta edificante tesis sostienen que puede llevarse a cabo sin modificar la Constitución, valiéndose de lo que denominan convención constitucional. Confieso mi falta de imaginación para contemplar una tal convención, salvo que determinados aspirantes a presidir el Gobierno residual del Estado plurinacional llamen convención a lo que la gente normal y poco erudita conocemos como aquelarre. La única ventaja de esta forma de solucionar el problema de los nacionalismos identitarios es que acabaría con él para siempre, eso sí, pagando el lógico y asumible precio de acabar a la vez con España. Pero es bien sabido que él que algo quiere, algo le cuesta, y tres o cuatro naciones bien valen una Nación.

Por último, la tercera aproximación terapéutica es la más exigente en cuanto a rigor y valentía, pero tiene el valor añadido de ser la más honorable para los que creemos que son los individuos y sus vidas concretas el primer referente de la acción política, que nunca pueden ser sacrificados o sometidos a espejismos supraindividuales presuntamente salvadores como la clase social o la nación.

Esta línea de actuación se resume en defender y propagar con energía, firmeza y claridad, o por lo menos, con la misma energía y firmeza con las que los nacionalistas

identitarios defienden y propagan sus planteamientos, una visión racional y liberal del hecho nacional. Frente a la doctrina nacionalista identitaria y sus dogmas colectivistas, dirigistas y totalizadores, hay que recuperar para la identidad nacional su fecunda virtualidad como dinamizadora y fortalecedora de individuos libres y autónomos bajándola de su pedestal místico-esencialista para humanizarla, relativizarla, privatizarla y liberalizarla.

La lengua, el territorio, la etnia y las tradiciones no son datos fijos e inamovibles de carácter sagrado que levantan un totem opresivo y excluyente. Son, por el contrario, las circunstancias contingentes que nos proporcionan una plataforma para entrar en la realidad y, una vez en ella, ser libres de cambiar de sistema de referencia cultural o lingüístico, o de conocer y simultanear dos o más de ellos, en complejas y estimulantes interacciones. El continente no debe ser confundido con el contenido, los códigos de comunicación no son importantes *per se*, sino que lo trascendental son los valores y la información que transmiten. La identidad se recibe, pero también se puede analizar, modificar, aceptar o rechazar, sin que estas operaciones legítimas de la conciencia individual representen la defección o la traición a esencias reveladas.

El plano del ejercicio concreto de Gobierno, sujeto a los avatares electorales y parlamentarios, no ha de ser confundido con el plano de las ideas y de los valores. Si la aritmética parlamentaria, nacida de la voluntad popular, lo impone, se deben cerrar y respetar acuerdos que proporcionen estabilidad y eficacia a las tareas de la gestión y de la administración de los recursos públicos y de diseño y de ejecución de programas rigurosos y viables. Estos acuerdos pueden y deben ser articulados sobre aquéllo que se comparte, tanto en lo procedimental como en lo sustantivo. Pero las distintas fuerzas y sectores sociales que concurran a estos pactos, tanto los que hoy protagonizan nuestra vida pública como otros que vengan en el futuro, han de mantener y exhibir sus referentes conceptuales, doctrinales y morales, y los pactos para proporcionar seguridad, operatividad y confianza a la sociedad española no significan, o no deberían en ningún caso significar, la renuncia, la abdicación o el silenciamiento de aquellos principios y convicciones que son definitorios para los que pactan. Por ello, al igual que los nacionalistas identitarios mantienen sus postulados básicos y los vocean con el mismo entusiasmo que antes del 3 de Marzo, aquéllos que sustentamos puntos de vista distintos, o incluso contrapuestos, sobre el alcance y el sentido de la identidad nacional, o sobre el propio concepto de nación, tenemos el deber, dentro del más escrupuloso respeto a los pactos en el ejercicio diario de la actividad política, a exponer nuestras posiciones para que el electorado no solo esté razonablemente bien gobernado sino ideológicamente bien orientado de cara a sus futuras decisiones.

En el frontispicio de este curso sus organizadores, a los que hay que felicitar por su acierto, han grabado una pregunta fundamental y dramática. Un gran nacionalista catalán se interrogaba también con similar dramatismo en un libro publicado en 1917: ¿Es que la existencia de diferentes personalidades nacionales impide la coincidencia en un nivel común, en un ser político completo? Ochenta años después

esta incógnita sigue vigente. La misma figura prócer del más saludable e inteligente catalanismo afirmaba categórico ante los Reyes de España en 1918: Tengo una fe ciega en España. Creo que tiene un inmenso porvenir. Quizá esta sea la respuesta: la fe incommovible en nuestra capacidad de continuar juntos para acometer empresas que valgan la pena en paz y en libertad.